DILE AL SILENCIO

De pequeño, mi madre solía decirme: “Intenta no mentir nunca. Antes de decir una mentira, quédate callado. La fama de mentiroso en el colegio se coge rápidamente, pero cuesta mucho quitarse ese san benito de encima”.

A partir de esa sugerente advertencia de mi madre, comencé a interesarme por el silencio. Delante de una situación comprometida optaba por enmudecer, mientras observaba atentamente el semblante de mi interlocutor que, en la mayoría de las ocasiones, en vez de respetar mi silenciosa decisión, se alteraba ante mi aparente pasividad.

Y así, gracias a la advertencia de mi madre, fue como, poco a poco, fui descubriendo los misterios del silencio. Un sabio consejo me llevó hasta una forma de vida.

Pronto me di cuenta de que el silencio era mi alma gemela. Me gustaba observar a la gente mientras dialogaban; yo iba contando los silencios de cada intervención. Si alguien decía una barbaridad, sin ton ni son, pensaba: “No le ha dado coba al silencio, y se ha precipitado. No ha pensado bien lo que ha dicho”.

Incluso me aficioné a contar los silencios de la música, de la noche y de la lluvia. El silencio estaba en todas partes; sólo hacía falta detenerse para descubrirlo y aprender a contemplarlo.

Mi fama de persona precavida y amiga de los silencios se hizo conocida. De oídas, algunos me empezaron a llamar “el místico”. Me daba igual. Los que me conocían apreciaban esa virtud mía de ser consecuente con lo que decía y de tomarme mi tiempo para decirlo. Mi refugio en el silencio me ayudaba a repartir buenos consejos, siempre comenzando por mí.

Mi relación con el silencio se afianzaba; iba estrechando mis vínculos con él. Cada vez que me adentraba más en sus particularidades, él me daba a conocer parte de sus secretos.

Y en ese idilio con el silencio también tuve mis sinsabores, como en toda relación que se precie. No expresar a tiempo lo que sentía y guárdamelo en mi interior hasta que me asfixiaba me pasó factura.

Hay bocas cerradas que chillan más que otras abiertas soltando improperios; bocas que estrangulan el silencio.

Es cierto que el silencio es necesario, pero en su justa medida. Nada en exceso es bueno, lo que sea.

Me empeñé en encontrar el punto de sal del silencio, su equilibrio, y lo logré: aprendí a expresar lo que sentía, antes de que las palabras no dichas a tiempo se quedaran estancadas en los cajones de sastre que todos tenemos en nuestro cuerpo, en el ala dedicada a las emociones. Después de unas cuantas equivocaciones y de cientos de palabras no exteriorizadas cuando tocaba, ya no dejé que el silencio me hiciera costra.

Me costó, pero creo que lo he conseguido. Se puede decir que a día de hoy mi relación con el silencio camina por el sendero del entendimiento mutuo.

Con el paso del tiempo descubrí que después de un día ajetreado lo que más me apetecía era descansar en el silencio; era mi pasadizo secreto para llegar hasta la meditación: meterme dentro de mí y buscar el sosiego que me hacía falta para darle un sentido a todo lo que me rodeaba, comenzando por mí mismo.

Esos momentos de meditación, casi siempre, me mostraban algo nuevo de mí y de mi entorno. Era como mirar con detenimiento la propia película de mi vida, a cámara lenta, con una luz muy especial y teniendo como banda sonora la calma; esa calma que desde dentro de uno mismo suena a gloria.

Esos instantes exclusivos de meditación me enseñaron -me lo siguen enseñando- a aprender y aprehender de mis errores, a pedir perdón, a rectificar, a saber decir sí y no en el momento oportuno, y sin miedo a equivocarme.

A veces, en pleno ajetreo diario y en el punto más álgido de la efervescencia laboral, me sentaba, aunque fueran cinco minutos, y me quedaba en silencio, mientras buscaba la consigna que me llevaba hasta ese trance de búsqueda interior y de serenidad. Mi mente y mi cuerpo me lo exigían para ordenar mis ideas, acertar en mis decisiones y ser más cauto.

Era pararme a reflexionar y salir renovado, con otro aire, como si, de repente, me hubiera dado una ducha rápida de sensatez.

Pasé de meditar de manera ocasional a hacerlo como rutina. La mayoría de mis compañeros de trabajo hacían un alto en el camino, a media mañana, para desayunar; yo desayunaba y meditaba.

Avanzar por la vida siguiendo las indicaciones de la sensatez nacida de una oportuna reflexión te hace más justo y libre a la hora de emitir opiniones y juicios de valor.

El aprendizaje del silencio no se acaba nunca, y lo fui vinculando a mi cotidianidad.

Entendí que no se es más sabio por hablar más sino por hablar cuando el silencio te da la vez. Puede parecer una tontería, pero no lo es. Sin silencios una conversación es como una cordillera que no se deja escalar. Lo intentas, pero nunca consigues llegar a la cima.

También comprendí que el silencio me era muy apetecible porque disponía de palabras; palabras que podía utilizar siempre que quisiera. De no haber podido hablar, quizá, hubiera mirado el silencio de otro modo; pero, seguramente, le habría encontrado su cara más amable. Si tienes que convivir con una circunstancia -la que sea- la mejor opción es aceptarla y estrechar lazos de unión con ella.

En una ocasión, un hombre ciego me dijo: “Yo veo con los sentidos lo que no puedo ver con los ojos. Lo huelo, siento y escucho todo por muy imperceptible que sea. He aprendido a interpretar las palabras y los silencios”.

Y como si de una intuición se tratara, cerré los ojos y me puse a meditar. Apagué en un santiamén la luz de mis ojos para encender la de mi interior. A solas con nosotros mismos parece que vemos más, e incluso lo que no queremos ver, lo que tenemos calladamente escondido.

“Yo que crecí dentro de un árbol tendría mucho que decir, pero aprendí tanto silencio que tengo mucho que callar y eso se conoce creciendo sin otro goce que crecer…”, estos versos del poema “Silencio”, de Pablo Neruda, son como un padrenuestro para mí.

Todos, en algún momento determinado de nuestras vidas, hemos estado metidos en un árbol; en el árbol de la incomprensión, en el del egoísmo, la impotencia, la desidia; en el árbol del compartir, en el de las buenas intenciones, la amistad, la complicidad. Hay tantos árboles, y en todos ellos habitan silencios y palabras.

Yo, que también tengo mucho que decir y que callar, me he construido mi propio árbol; *y sigo creciendo sin otro goce que crecer…*

Y le sigo diciendo al silencio…

EL ESPEJO

Juan estaba todavía en su oficina, a pesar de que eran más de las once de la noche. Había tenido un día rocambolesco, y no sabía cómo ponerle fin; le asustaba la idea de que la noche no cerrara una jornada tan extenuante.

Repasó mentalmente todas las decisiones que había tenido que tomar desde primera hora de la mañana. Despedir a más de veinte empleados -a toda la plantilla de su empresa- había sido complicado y doloroso. Le taladraban las escenas vividas en cada despido. No podía soportar esas imágenes, que renacían sin descanso en sus pensamientos. El momento del que había estado huyendo, ahora le atormentaba sin piedad: rostros mudos, y un hombre derrotado delante de un abismo que se lo estaba devorando.

Antes de darse por vencido, consumió hasta la más mínima esperanza disponible dentro y fuera de él mismo.

Durante meses parcheó la situación; esquivó, como pudo, las embestidas de la maldita crisis, pero había llegado la hora de asumir la derrota. Su ilusión en un proyecto, su negocio, en el que confiaba y por el que había apostado su propia vida, ya no era suficiente. El adiós sellaba su círculo. Tantos años de sacrificios, y ya no quedaba nada.

La crisis había sido el tobogán que había acelerado la caída, pero él, también, había contribuido, encadenando un error tras otro, a que el batacazo fuera más estrepitoso.

Fue tan difícil aceptar el fracaso y darse por vencido. Su empresa se iba a pique, mientras sus manos se consumían de impotencia.

Dio la cara con cada uno de sus empleados y les detalló los porqués del cierre. No podía defraudarles, ahora no; muchos de ellos llevaban con él demasiados años, y nunca le habían fallado. Lo que más le importaba eran sus reacciones.

Tuvo que dar más explicaciones de las necesarias. Deseaba transmitirles una imagen de serenidad, pero las palabras se le aturullaban, compungidas.

Todo su empeño, el esfuerzo acumulado durante décadas, agonizaba. Sabía que acabaría quedándose solo, como un capitán de barco que ve naufragar su navío y se queda el último. Estaba dispuesto y cada vez más preparado para hundirse con dignidad.

¿Dignidad? A esas horas, y con el cansancio moral acumulado, dignidad le sonaba a desierto.

La alarma de su reloj daba las doce, como un verdugo a media voz susurrando la hora del patíbulo.

Llevaba desde las siete de la mañana en la oficina, y eran las doce de la noche. La inercia lo paralizaba. Mañana, más de lo mismo; mañana que era hoy mismo. Necesitaba dormir, serenar su mente, pero la angustia no estaba dispuesta a concederle ninguna tregua.

No sabía si iba a ser capaz de lidiar consigo mismo, si podría soportar ver cómo bajaba, definitivamente, el telón.

Decidió quedarse a pasar la noche en el despacho. Quería estar cuando llegara el personal de la limpieza, para despedirse de ellos.

Las tres, y no conseguía dormir. Tendría que haber reaccionado antes, pero uno siempre piensa que está a salvo de los infortunios que padecen los demás...

Amanecía, se levantó y se miró en el espejo. Vio dos representaciones de él mismo y una única mirada.

EL TIEMPO VUELA

Solamente tengo una manía: soy muy puntual, por eso cuando escuché que una agradable voz femenina decía por megafonía:

-El tren con destino a Pamplona lleva tres horas de retraso. No se colocará en el andén 7 hasta las diez y media de la noche. Disculpen las molestias.

Me puse nervioso y, durante unos minutos, me subí y me bajé mentalmente por las paredes. Exhausto por la celeridad de las subidas y de las bajadas, me puse a dar vueltas por la estación, mientras mi mente pensaba a una velocidad de vértigo. Pensaba y daba vueltas. Saqué el móvil. Tenía que avisar a mi amigo Paco:

-Paco, el tren viene con retraso. No sé a la hora que llegaré. Lo siento.

-¡¡Tenemos la cena de los jinetes a las nueve, como todos los años!!

-No puedo hacer nada. Llegaré tarde.

-Suena extraño escucharte decir “Llegaré tarde”, a ti, que el mismísimo reloj te pide la hora.

-No me lo recuerdes, pero no depende de mí. Te llamo en cuanto llegue.

-De todas formas, tú intenta estar tranquilo. Conociéndote, ya habrás dado más vueltas que una peonza.

-Acertaste, como siempre. Se nota que me conoces bien. Adiós, Paco.

-Adiós, Alberto.

No estaba acostumbrado a llegar tarde. No sabía qué hacer con ese tiempo de espera. No tenía concentración suficiente para leer, ni cuerpo para escuchar música. Estaba cansado de pensar, y no se me ocurría qué hacer.

Me senté en un banco de la estación, en el único que parecía libre. Hace tiempo que no me dedico a observar mi entorno, pensé. Me puse cómodo, y lancé una amplia mirada a la estación, que estaba abarrotada. Impactaban unas monumentales esculturas de hierro que colgaban del techo.

La estación tenía más de doscientos años y, a pesar de aparentar muchos menos, mantenía con recto temple su aire señorial.

Estaba dividida en dos partes: una estaba dedicada a los trenes de cercanías, y la otra, a los de largo recorrido. Todos los andenes estaban separados por amplios pasillos, que adornaban sus suelos con llamativas cerámicas.

Un expresivo y antiguo reloj presidía la estación. A sus lados, unas coloridas vidrieras contribuían a remarcar el ambiente distinguido del guardián del tiempo.

La puerta principal se asemejaba a la famosísima **Puerta de Alcalá**, pues como ésta tenía un arco central de medio punto y dos arcos laterales, adintelados, más pequeños.

La estación ofrecía un ambiente de contrastes. De no ser por los trenes podría pasar por un moderno y minimalista centro comercial.

EL banco en el que estaba sentado era de acero y con el asiento de madera, sorprendentemente era bastante cómodo. Me incorporé para ver si había algo más que madera.

La voz agradable de la megafonía volvió a dejarse oír:

-El tren con destino a Pamplona acaba de entrar en el andén 7. Buenas noches.

Eufórico, me dirigí hacia el andén 7. Antes de subirme al tren, me fijé en una inscripción escrita en latín y traducida al español, que estaba justo debajo del majestuoso reloj:

"Aequam memento rebus in arduis servare mentem. Tempus fugit**"** (*'*Acuérdate de conservar la mente serena en los momentos difíciles. El tiempo vuela'*)*.

LA BIBLIOTECARIA

María llevaba toda la vida trabajando en la biblioteca de su pueblo, y se puede decir que era una mujer feliz.

Desde pequeña, la biblioteca había sido uno de sus espacios preferidos; un paraíso repleto de libros y sorpresas.

A la salida del colegio, le pedía a su madre que la llevara un rato a la biblioteca. Se sentaba y abría las páginas de los libros con sigilo y entusiasmo. Al verla, daba la sensación de que estaba abriendo el más emocionante de los regalos. Para María los libros eran una especie de obsequio mágico para los sentidos, además de sus pasajes a otros mundos, a otras realidades.

Esa querencia que sentía por los libros y por la lectura la heredó de sus padres, ávidos lectores.

Cada noche, María siempre tenía una cita -imprescindible para ella- con el cuento que le contaba su padre o su madre. Le gustaba escuchar atentamente, mientras se imaginaba protagonizando lo que le estaban relatando. Con cada cuento ella abría unas puertas nuevas y relucientes a su creatividad y a su ingenio.

Al principio, le gustaban las historias de princesas, países fantásticos, dragones y duendes; luego, se aficionó a las de piratas que vivían en islas perdidas; pero su curiosidad avanzaba a la

par que crecían sus afectos por sus amigos los libros. Gracias a ellos María se convirtió en una niña muy observadora y atenta.

Desde allí, desde el asiento que ocupaba en la biblioteca, vivía aventuras increíbles con las historias que leía; historias que disfrutaba, le emocionaban y sentía como suyas. Con la lectura aprendía, se divertía y compartía con los demás lo que los libros le transmitían.

Y de la silla de la biblioteca pasó a ocupar la silla de la bibliotecaria. El mismo día que entró a trabajar en la biblioteca colgó este letrero en la entrada:

"Bienvenido al hogar de los libros. Pasa, te están esperando".

María se esforzó en convertir ese recibimiento en una realidad y darles a los libros un hogar; un hogar en el que se sintieran a gusto, fueran valorados y cuidados.

Con el tiempo y mucho cariño, María había hecho de su lugar de trabajo un templo de amor a los libros: organizaba talleres y tertulias, daba charlas a los colegios, confeccionaba listas de los libros más leídos, editaba una revista trimestral, hacía un programa de radio semanal y tenía un *blog*.

María se conocía todos los libros de su biblioteca y había confeccionado una lista, no sólo por autores, estilos y géneros, también una de libros para entretener, reflexionar, aprender, amar, reír, llorar y soñar.

Pronto su biblioteca se hizo muy conocida, y desde cualquier parte del mundo llegaban personas para visitarla.

María amaba los libros, y mantenía con ellos una relación de cortejo constante y deseado por ambas partes.

Ese cortejo, casi un sagrado ritual, comenzaba con la elección de los libros que iba a comprar, seguía con su entrada a la librería, donde se podía pasar horas ojeándolos, mirando sus portadas y leyendo sus reseñas. Y, por fin, llegaba el punto más álgido de su ceremonial: leerlos, y una vez leídos, colocarlos en la estantería que les correspondía.

Una de sus frases preferidas -inventada por ella misma- era que el hogar de los libros comienza en cada uno: cuando se abre un libro, éste ha encontrado su morada en la persona que lo está leyendo.

TARDE DE LLUVIA

Llovía, desesperadamente. Caían cantos de un cielo negro que rugía hambriento de ruidos. El estruendo de los relámpagos era ensordecedor. La calle, agotada de tanta agua, estaba desierta. Yo no llevaba paraguas, ya que antes de salir de casa el sol lucía despampanante. Tenía una cita, que ya me habían anulado con un escueto mensaje: "Lo siento, lo dejamos para otro día. Te llamo".

Me cobijé debajo de un portal durante una larga y eterna hora. El agua descendía cada vez con más rabia, chocaba contra el suelo, como castigándolo. Las gotas de lluvia parecían cuchillos afilados. Me daba miedo salir y que se me clavara uno. ¿Qué estaba pasando por ahí arriba?

Desde mi refugio podía ver la panorámica de los edificios, las luces de las ventanas. A la gente resguardada en su casa, tranquila. Apenas pasaban coches. Estaba completamente empapada y tenía frío. Comencé a tiritar. Deja pensar y actúa, me decía. La lluvia no tenía intención de detenerse. Actúa, actúa. Empecé a correr, sorteando la impetuosidad de la tormenta como podía. Me metí en el primer bar que encontré.

Me quedé quieta en la entrada, observando. No sabía qué hacer, hacia dónde dirigirme. Desde la barra, un hombre bastante alto, robusto, de unos cincuenta años, de labios densos y bigote cuidado, me escudriñaba con interés. Yo seguía quieta. Levanté primero una pierna, luego otra. Sí, me podía mover, no me había quedado pegada. El hombre, tras la barra del bar, seguía estudiándome con unos ojos intensamente azules. Cada vez que me lanzaba una atenta mirada me volcaba un pedazo de mar encima. Si en esos momentos hubiera sobrevolado una gaviota por encima de su afeitada cabeza, me hubiera sentado a escuchar el murmullo de las olas al chocar entre sí. Con una voz suave, que no se correspondía con su envergadura corporal, se dirigió a mí:

-¡Menuda lluvia! ¡Le ha caído la mitad a usted!

-Sí -asentí resignada.

-Pase, pase y séquese, se va a enfriar. En el lavabo tiene usted un secador. Eso hice: pasé y me sequé.

-¿Me pone un café con leche bien calentito, por favor?

-Enseguida. Siéntese, que ahora se lo llevo a su mesa.

-Gracias.

Apenas me había fijado en el interior del bar. Eché un vistazo; la decoración era realmente acogedora. Se trataba de una sala bastante amplia, en la que predominaban los colores blanco y verde. En blanco, los sillones; en verde, las mesas. Se asemejaba al salón de cualquier casa. De una de las paredes colgaba una exposición de fotografías; otra se adornaba con imitaciones de famosos cuadros de arte contemporáneo.

La luz, perfectamente distribuida por toda la sala, completaba ese ambiente familiar. En una de las esquinas había un espléndido piano, y a su lado, un pequeño escenario. Como sonámbula me dirigí hacia el piano. Me senté y me puse a tocar. Unos aplausos me hicieron reaccionar.

-Ha parado de llover -me dijo una voz sedosa.

Me giré, lo vi y me enamoré. Sin mediar palabras -no hacían falta-, se acercó y me besó.

Ha pasado ya una década de aquella tarde de lluvia. Todos los años celebramos nuestro aniversario en el bar del piano, llueva o no.

LA CONFIGURACIÓN DE LOS ASTROS

Llegaba tarde a trabajar, porque desde que había salido por la puerta de mi casa los contratiempos me acechaban.

La llave de la puerta se negaba a funcionar correctamente. La alarma, saltó. El ascensor, viviendo en un décimo, es fundamental en estos casos, pero estaba estropeado. Bajé por las escaleras. Me crucé con los operarios de una mudanza, que subían pesados muebles. En el garaje, mi coche no arrancaba. En la calle, no me paraba ningún taxi. Mientras esperaba, pasó una manifestación. Una pancarta anunciaba: “Hoy es el día de la gran huelga general”.

LA CARTA

Querida amiga: Te escribo para pedirte perdón por haber sido tan orgulloso. Por haber esperado de ti más de lo que me podías ofrecer. Te exigí demasiado sin preguntarte.

Con el tiempo me he dado cuenta de que buscaba en ti mis carencias. Tendría que haberme aceptado como era. Lo siento, no fui capaz de una hazaña tan generosa.

Durante todos estos años has permanecido viva en un rincón de mi memoria, pero mi soberbia se negaba a despertar tu recuerdo. Por fin, he sido capaz de curar todas mis heridas. Espero que no sea tarde, y que me puedas perdonar.

ELLA

La primera vez que creí verla fue en una exposición. Ella no me vio. El corazón me latía desmesuradamente. Me costaba respirar. Me escondí entre los pilares donde estaban expuestos mis cuadros. Era mi día -llevaba años esperando ese momento-, y me tuve que salir de la galería. Su presencia inundaba el espacio y se metía dentro de mí.

Mi móvil empezó a sonar, reclamaban mi presencia en la sala. Tras las súplicas de mi galerista, entré. Mi corazón se calmó, ya no me costaba respirar. Sentí que ella ya se había marchado. No la veía, pero sabía que ya no estaba.

LA CENA

Iba en el autobús, cuando recibí una llamada de lo más sorprendente. Me anunciaba que había ganado -mediante un sorteo al azar- una cena para dos en el hotel JM de cinco estrellas. Le dije que yo no había participado en ningún juego, y mi interlocutor me repitió, tres veces seguidas, que se trataba de un sorteo aleatorio.

A la cena no acudirá usted solo, tendrá acompañante, me comunicó. ¿Lo conozco?, le pregunté. No, también saldrá elegido de manera fortuita. Acudí a la cena, y en ella sólo encontré una docena de miradas tan extrañadas como la mía.

NADA

Alberto se levantaba todos los días a las siete de la mañana, desayunada y se duchaba, durante diez minutos exactos, ni uno más ni uno menos.

Antes de salir de casa llamaba a su gato y lo acariciaba tres veces seguidas, a continuación cerraba la llave del gas y la del agua. Tranquilo, salía a la calle.

Cogía el metro a las siete y cuarenta y cinco, en plena hora punta matinal. Casi siempre coincidía con los mismos rostros desganados; Alberto les pasaba revista con empeño. No los conocía de nada, pero formaban parte de su rutina.

EL VIAJE DE NUESTRA VIDA

Hemos estado toda la vida ahorrando para cumplir nuestro sueño: estar un año entero dando la vuelta al mundo.

Después de nuestra boda, nos comprometimos, también, con este proyecto. A los dos nos gusta viajar, aunque desde que nos casamos apenas hemos salido de nuestra ciudad.

Ahorramos hasta el último céntimo, privándonos, año tras año, de vacaciones y de algún capricho que otro.

Los dos hemos pedido un año de excedencia. Y mañana, por fin, comienza nuestra particular odisea. No tenemos nada planificado, sólo un sueño que espera su billete de salida.

LA INSPIRACIÓN

Llevo días intentando escribirte un poema de amor, que te hable de lo que siento por ti, y no encuentro las palabras, las expresiones adecuadas; no encuentro la inspiración.

Días repletos de horas vacías forzando la maquinaria de la imaginación, y ésta dándome la espalda, construyendo muros de hormigón entre ella y yo.

He intentado convertir las palabras en sentimientos, en ternuras, pero se me resisten, se me quedan atragantadas entre la garganta y el alma. No quieren salir, me rehúyen.

Tengo las ganas y las intenciones, pero no te tengo a ti.

EL CASTAÑO

Después de tres magníficas horas buscando setas en la **Sierra de Gredos**, decidimos parar y tomar un tentempié.

Nos sentamos a la vera de un hermosísimo castaño que, como un rey a las puertas de su palacio, nos acogió con su protocolo otoñal: hojas y más hojas caían de sus largas ramas, dejando un espacioso manto dorado que sirvió para sentarnos y protegernos del gélido suelo.

Yo recosté mi cuerpo en su mullido y grueso tronco de corteza agrisada. Me quedé dormido mientras mis amigos contaban historias legendarias de atardeceres mágicos.